

El cuerpo: soma y circunstancia

Xabier Lizarraga Cruchaga*

“¿Soy mujer, soy muchacho, soy hermafrodita?” No hay pena del alma más cruel que esta incertidumbre de estado; nada más triste que el estado de no tener ninguno.

FRANÇOIS GAYT DE PITAVALL, *Marguerite Malaure. Muchacha falsamente reputada hermafrodita.*

Porque una es más auténtica cuánto más se parece a lo que ha soñado de sí misma.

PEDRO ALMODÓVAR (dir.), monólogo de Agrado en *Todo sobre mi madre* (España, 1999).

Todos tenemos una materialidad poderosa que hemos dado en llamar “cuerpo”, aunque la palabra en sí misma, polisémica y brumosa, invita a certezas y dudas, a dogmas y herejías, a razones y delirios, universos experienciales en expansión... La palabra dice mucho y nada:

Lo que tiene extensión limitada y produce impresión en nuestros sentidos por calidades que le son propias [...] sustancia compuesta de forma y materia. Sustancia material dotada de propiedades físicas accesibles a la percepción de los sentidos. La forma (*eidōs morphéē*) determina la esencia, principio de la unidad específica y de las actividades del ser corporal; la materia (*ūēē*) es el principio de la cantidad homogénea dimensiva [...] Talle y disposición personal [...] Hablando de libros, volumen, libro encuadernado [...] Conjunto de lo que se dice en la obra escrita [...] Hablando de leyes civiles o canónicas, colección auténtica de ellas [...] Agregado de personas que forman un pueblo, comunidad o asociación [...] Cada una de las partes que pueden ser independientes cuando se las considera unidas a otro principal [...] Objeto material en que pueden apreciarse las tres dimensiones principales, longitud, latitud y profundidad [...] Realidad, ser, ente, materia extensa [...] Organismo viviente del hombre [...] (Alonso, 1991: 1 299).

De ahí la oportuna afirmación de José Luis Vera (2002: 1) cuando apunta: “El cuerpo. ¿Existe algo en nuestra vida que a la vez sea tan profundamente ajeno y propio, tan cotidiano y desconocido?”, aunque es evidente que, cuando Vera habla de “cuerpo”, no se refiere a todo ese universo inacabable de significados que ofrece el diccionario, sino que se centra en unas cuantas de tales acepciones. Por ello quizá otros, con la intención de precisar en un sentido meramente biológico, con el fin de acotar las fronteras de sus intereses académicos, optan por utilizar el término “soma”, que el propio diccionario define simplemente como “cuerpo” –aunque también hace una escueta referencia a harinas y panes– (Alonso, 1991: 3 816). Pero “cuerpo” y “soma” son y no son lo mismo. Incluso si sólo los utilizamos para referirnos al individuo, al organismo, a la persona, son términos que invitan a no pocas reflexiones; median análisis y suponen resonancias sociales e ideológicas, incluso biológicas y psicológicas distintas. Cuanto más polisémica resulta una palabra, más puertas abre y laberintos sugiere el concepto.

La palabra “soma” no suele utilizarse en el habla cotidiana. Todo lo más, se la emplea como sufijo cuando, por ejemplo, se hace referencia a cierto tipo de trastornos o malestares “psicosomá-

* Dirección de Antropología Física, INAH.

ticos": "Psicosomático, -ca (gr. *Psychée*, alma, y *soomatikós*, somático, perteneciente al cuerpo). Adj. med. Que tiene síntomas de origen mental" (Alonso, 1991: 3 430). O como prefijo en palabras como "somatología", "somatópago", "somatoplasma", "somatotridismo",¹ entre otras. Todas ellas aluden de una u otra manera a la imprecisa noción de "cuerpo".

Por lo general, el término "soma" se utiliza para hablar de cuerpos, aunque quizá en tono austero, solemne, aséptico: podríamos decir que pretendiéndolos libres de toda mácula o para evitar alguna valoración social, emocional o ideológica. Por ello no todos entendemos lo mismo al decir o escuchar esa palabra, aunque la sentimos vinculada a la biología de los seres, a veces sin más atribuciones, como cuando nos referimos, por ejemplo, a un cadáver.

En cambio, la palabra "cuerpo" da pie a innumerables sugerencias; remite a un rompecabezas de emociones; es el soma modelado por el ánimo y el deseo, el trabajo y el hambre, la virtud y la plástica; mediado y utilizado por la política, la economía y las miradas de los otros (Blanco, 1981). Cabe por ello decir que el cuerpo es una construcción –no necesariamente consciente o volitiva–, pero construcción al fin, construcción personal y social –ego y sociocéntrica–; una construcción experiencial que cambia y deviene detonadora de emociones, certezas y dudas, goces y frustraciones, que se enriquece y se mina cuando el individuo come o goza o sufre o es invadido por un agente extraño –*pathos*– que se manifiesta mediante signos, síntomas y deterioros diagnosticables por la mirada clínica. Porque el cuerpo es algo más amplio, complejo y dinámico que el soma. Lo desborda... De ahí que se use la palabra "cuerpo" para hacer referencia a tantas y tan diversas cosas que aterrizan en los diccionarios mediante el recurso de la metafóricación, de las analogías semánticas.

Por lo menos en el caso del animal humano, el soma, la biología pura y dura, deviene cuerpo que se expone a erosiones y retoques, a miradas y tactos, a identidades y ontogenias. El soma siempre es visto en un presente indefinido e inamovible. El soma, transformado en cuerpo, se mueve en el tiempo y se abre a los demás a modo de texto... Un texto con tachaduras, emborronamientos, fragmentos casi incomprensibles y algunas sintaxis infrecuentes, para muchos incluso incoherentes, saturadas de sinrazón. En no pocas ocasiones a los cuerpos se les ve como textos saturados de errores y,

¹ Somatología: "Tratado sobre las partes sólidas del cuerpo humano". Somatópago: "Monstruo doble con los cuerpos unidos". Somatoplasma: "Protoplasma del cuerpo celular". Somatotridismo: "Monstruo con tres troncos" (Alonso, 1991: 3 817).

por lo mismo, incomprensibles para el común de la población, para el orden hegemónico impuesto por el *deber ser* y el *tener que ser*, por lo que muy diversos correctores de estilo –jueces, cirujanos, psiquiatras y psicólogos, empresarios, artistas, ministros religiosos e incluso antropólogos– pretenden enmendarlos, editándolos. Al respecto, cabe recordar lo apuntado por Juan Antonio Suárez (2003: 143):

[La] centralidad del cuerpo obedece a que éste es un complejo aparato de mediación entre el sujeto y el ámbito social. A la vez propio y ajeno, es tanto el escenario de una supuesta individualidad como una superficie sobre la que se inscribe una ley social que define el género, prácticas corporales permisibles y proscritas, repertorios de gestos, actitudes, apariencias y, a través de los dictados de la moda, establece también los cánones físicos y hasta los más mínimos pormenores del atuendo, el maquillaje o el peinado. Esto convierte al cuerpo en un campo de batalla donde colisionan lo inalienablemente propio (asumiendo que esto exista) y lo completamente ajeno. Es un vehículo de disconformidad y rebeldía pero también una superficie sobre la que actúan tecnologías punitivas y reguladoras, como el castigo, el confinamiento, la vergüenza o incluso la definición y la tipificación [...]

De forma consecuente, hablar del cuerpo –usemos o no el término "soma"– supone generar significados e interpretaciones sobre los otros en contraste con nosotros mismos, utilizarlo como objetivo y volverlo referente, por lo que deviene omnipresente en casi todos los haceres del animal humano: política, danza, terapéutica, estadística, religión, industria, jurisprudencia, periodismo y, por supuesto, antropología, para dar pie a múltiples y acalorados debates, propuestas teóricas y proyectos de investigación empírica en diferentes ámbitos académicos. Mientras que, como apunta Vera (2002: 10-11):

[...] el cuerpo es caracterizado a partir de sus propiedades mensurables, dimensiones, proporciones, pesos, etcétera y se define en franca oposición a propiedades espirituales, mentales, e incluso en [...] oposición a la propiedad dinámica de la vida, en particular en su acepción de cadáver [...] los atributos a partir de los cuales caracterizamos al cuerpo se perciben por mera experiencia sensible, de tal forma que para entender al cuerpo debemos tocarlo, medirlo, olerlo, pesarlo, etc. y sólo en esa medida el cuerpo es [...] Se afirma que la existencia del hombre es corporal y debido a ello el cuerpo es el eje de todo tipo

de reflexiones que pretenden en algunos casos anclarlo a los tradicionales esquemas dualistas o integrarlo a una entidad indisoluble a la que denominamos, no sin cierto escepticismo, individuo.

En ese sentido, en la entrevista recogida y ya referida en esa obra de Vera, quise apuntar diferencias significativas entre “soma” y “cuerpo” que aquí retomo, pensando al primero en términos “estrictamente orgánicos”, vivo o en su posibilidad cadáver, como apunta el propio Vera, y al segundo como “una construcción” que cada individuo hace a partir y sobre su propia biología, no sólo en tanto que individuo, sino como sujeto social y psicoafectivo, como sujeto de deseo y de trabajo, como ser cultural en determinado tiempo histórico y lugar.

El soma se configura durante la embriogénesis, a partir de electricidad y química, mediante genes, hormonas, órganos y fisiologías, y se proyecta como tal incluso después de muertos los individuos. Sin dejar de ser todo ello, tras el nacimiento éste comienza a ser mediado por otro causal de fuerzas, accidentes, transformaciones, experiencias, percepciones, sensaciones y emociones, por las miradas de los otros y las propias miradas ante el espejo o mediante recorridos táctiles –no necesariamente masturbatorios– que a cada uno nos permiten descubrirnos texturas, formas, temperaturas, humedades, proporciones y sensibilidades, volúmenes y profundidades, fortalezas y debilidades; todo ello matiza y singulariza, configura un cuerpo único, distinto a cualquier otro, incluso cuando los somas, materia prima, comparten idéntica carga genética –gemelos monocigóticos–. El cuerpo, en consecuencia, se produce por medio de actividad, nutrición, experiencias patológicas y afectos, crecimiento y maduración, contactos sociales e influencias culturales, cautelas y osadías, configuración de identidades sociales, ideológicas, afectivas, sexuales y políticas, y en permanente emergencia de gustos, preferencias y deseos, sentimientos y fatigas. En ese sentido, el cuerpo “es una construcción” y desborda las características del soma, las cualidades e incluso limitaciones derivadas de la biología que lo hace posible... Es construido por experiencias mediadas por un mar insospechado de circunstancias.

¿Pero a qué nos referimos cuando hablamos de “circunstancias”? Como suele ocurrir cuando acudimos a los diccionarios, nos encontramos con un mar de significaciones:

Accidente de tiempo, lugar, modo, etc. que está unido a la sustancia de algún hecho o dicho [...] antecedentes, concomitantes y consiguientes que concurren en un

hecho, pero que no tienen con él enlace necesario. Las circunstancias de un hecho solamente engendran probabilidad en el juicio sobre él [...] causas y condiciones de todo género que rodean, v. gr., un delito, y que entran como elemento de juicio en la apreciación de la culpabilidad [...] Las circunstancias pueden agravar o disminuir la responsabilidad o eximir totalmente de ella y pueden también cambiar la especie, multiplicando en cierto modo el delito [...] (Alonso, 1991: 1 076).

Esto sin duda nos permite considerar que, dado que al nacer el soma comienza a ser afectado, mediado por una pluralidad de circunstancias sociales, familiares, culturales, económicas, ideológicas y políticas, el individuo busca ajustarse mejor o peor a ellas para encajar en el entorno –adaptación–. En la medida en que capta, percibe y experimenta, se adecua u opone resistencia a tales circunstancias. Se construye como “sujeto-cuerpo” en la dirección impuesta por el orden social hegemónico o a contracorriente, porque las circunstancias no se significan de igual manera para todos. Al respecto, cabe recordar, además del siempre citado José Ortega y Gasset (2005), a Paco Vidarte (2007: 33), quien apunta:

[...] las circunstancias nunca vienen luego: están dadas de antemano y aterrizamos en ellas precipitados desde el útero materno. Y lo que sale del útero no es un yo. No en todos los casos [...] “Yo soy yo y mi circunstancia” sólo lo puede decir un individuo estupendamente instalado en el tejido social: ha nacido tan entre algodones que trae un pan, un yo y unas circunstancias estupendas debajo del brazo. Algunos hemos nacido sólo con un pan y unas circunstancias, pero sin yo, despolitizados socialmente desde tan temprana hora [...] la circunstancia [...] ha sido impuesta, la circunstancia les pertenece a los demás [...]

Y es quizá en esto de “las circunstancias” que se hacen más evidentes las distancias significativas entre soma y cuerpo, porque las circunstancias son las que, sin alterar necesariamente al soma, imprimen presión, dificultan o facilitan las cosas y en ocasiones devienen tortura para aquellos que construyen cuerpos e identidades en conflicto con las expectativas que otros se hacen, en conflicto con un orden social rígido y conservador, más preocupado por las apariencias que por las vivencias.

Como se ve en el primer epígrafe, un soma de apariencia imprecisa, ambigua desde la perspectiva binomial de los sexos –sólo dos: “hembra” y “macho”, con raros ejemplos de

lo que se ha dado en llamar “estados intersexuales”–, puede llevar a un individuo a dudar de sí, de “lo que es”, y a no conseguir construirse el cuerpo a un tiempo deseado y aceptable para los demás; y son precisamente las circunstancias, las opiniones y valoraciones del entorno social lo que determina que no sólo sea tenido por rareza, sino también convertido en “caso”, tanto clínico como jurídico:

Algunas gracias de su sexo, que la naturaleza le dio, abrieron sobre ella los ojos del público, dando relieve a su aventura; y la imaginación, que encontraba placer en ser seducida, con objeto de volver más maravillosa la historia, le prestó incluso argumentos que antes no tenía. Así, se le miró con una suerte de horror mezclada con curiosidad, como a un hermafrodita, y con regocijo, como a una persona que tenía con qué atraer las miradas.

Ella aporta los testimonios de los magistrados para demostrar la regularidad y la decencia de su conducta en la vida errante que ha llevado [...]

La condición de la Suplicante era deplorable: obligada a obedecer las leyes que la naturaleza condenaba en su corazón, era vista por varios filósofos como una de esas quimeras, a que las fábulas dieron el nombre de hermafrodito, y por el público crédulo, como un verdadero monstruo (Gayt de Pitaval, 2010: 15-17).

El cuerpo es, pues, un soma trabajado y mediado por un “yo” que siente, necesita y desea, por un entorno socioafectivo que lo tasa y carga de significados, muchas veces contradictorios y no pocas veces lacerantes y humillantes. En tanto que nacemos mediados y constreñidos por circunstancias ideológicas y epistémicas, la configuración del “yo” inevitablemente se ve matizada y condicionada por normas y actitudes –opiniones y conductas– psicosociales que obstaculizan y limitan, o cuando menos direccionan la construcción y el desarrollo de la corporeidad de un “yo” sujeto a miradas y evaluaciones que no siempre se digieren y asimilan sin traumas emocionales. Al respecto, el ya citado Juan Antonio Suárez (2003: 143) sostiene que “la corporalidad es más bien una corpo/realidad: el cuerpo y sus vicisitudes definen una realidad tanto individual como colectiva”.

Y no pensemos sólo en hermafroditas –de muy variados tipos–,² cuyo soma es visto como ambigüedad (incomprendida), definida por la medicina como anomalía y aberración,

² Sirvan de ejemplo los individuos con cariotipo en mosaico: 46,XX / 46,XY en los que se observa tejido ovárico en una gónada, con ausencia de tejido testicular, y otra gónada con ambos tipos de tejido: ovárico y testicular

patología; razón por la que difícilmente los individuos pueden hacerse de un cuerpo que se ve cobijado por un “Yo” afectuoso de sí mismo. También hay somas transformados, cuerpos contruidos por intereses ajenos a los propios individuo –v. gr. los eunucos para el harem, los *castrati* para la música–, al mismo tiempo que cuerpos transexuales, los cuales se construyen a contracorriente, al distanciar al “yo” del soma, un cuerpo que otros etiquetan, evalúan y condenan en nombre de las circunstancias sexo-políticas del orden hegemónico y discursos patologizantes (Niето, 2008). Al librar no pocas y arduas batallas contra las circunstancias sociales, morales e incluso académicas, los transexuales se enfrentan a luchas internas: identidad sexo-genérica *versus* soma; luchas entre deseo y razón, ilusión y cautela; resistiendo a dogmas, expectativas parentales, miradas clínicas y burocracias legales, con el objetivo último de acceder al estatus de sujeto social de pleno derecho y reconocer un “yo” en un cuerpo, aunque el soma sugiera algo distinto.

Los transexuales devienen pruebas concluyentes del principio paradójico que nos rige como especie; hacen evidente que en cada realidad coexisten elementos diferentes –y en ocasiones casi opuestos– que la configuran, construyen y renuevan. Como sostiene José Antonio Niето (1998: 31), “parecen reunir los requisitos de la ‘*unitas mutiplex*’, la conjunción de lo singular y lo diverso, de la unidad y la multiplicidad”. Una *unitas mutiplex* que hace emerger circunstancias íntimas, novedosas, en contraste y confrontación con las circunstancias públicas, siempre anteriores a la vida del individuo.

Del mismo modo como cada uno de nosotros busca consolidar –o justificar– un cuerpo que se transforma por efecto de los años, los alimentos, la actividad, los azares del ir y venir de enfermedades y otros trastornos, los transexuales buscan hacerse de un cuerpo que permita una concordancia entre el “siento que soy” –identidad sexo-genérica– y el “tengo/parezco” –la apariencia/imagen corporal– (Lizarraga, 1987). Así como los hay que se pasan horas siguiendo recias rutinas en el gimnasio o esclavizados a una dieta mil y un veces pensada –con frecuencia cada vez más reducida– para transformar un soma en un cuerpo acorde con unos ideales plásticos –marcados y desarrollados músculos o siluetas gráciles casi evanescentes, por ejemplo–, los

(ovotestis), o con presencia en ambas gónadas de tejido ovárico y tejido testicular, que conforman también un ovotestis [<http://www.conganat.org/7congreso/PDF/251.pdf>]. Otras manifestaciones son la presencia de un ovario y un testículo, y el llamado síndrome Rokitansky, aplasia mülleriana o agenesia [<http://www.facemama.com/ginecologia/neovagina-la-solucion-para-las-mujeres-que-no-tienen-vagina-ni-utero.html>].

transexuales persiguen con igual tesón una imagen con que vivir el mundo, los momentos, con el objetivo de conseguir así armonizar la construcción de un “soy” aproximándose a ideales delineados en la mente durante años de verse sometidos a circunstancias adversas: el sexo-género asignado y el discurso sexual no sólo heterocéntrico, sino misógino, que demanda sexualidades potencialmente genésicas, roles distanciados y ortodoxos, obediencias ciegas.

Otros cuerpos contruidos y signados por la mirada clínica, la opinión de propios y extraños, las modas y las aspiraciones a ser algo más que un soma producido por los gametos paterno y materno, epicentrados en la propia percepción de sí mismos, son los cuerpos de la anorexia, la bulimia, la ortorexia y la vigorexia (Gil y Cáceres, 2008; Alcántara Moreno, 2008). Cuerpos con los que se persigue una felicidad siempre un poco más allá, rozando el abismo que augura una caída sin retorno. Cuerpos ajenos a los cánones clásicos, avalados por el discurso oficial, distanciados de otros cuerpos más casuales, menos esclavizados por obsesiones alucinadas en los espejos, sugeridos por aspiraciones de perfección muchas veces indescifrables, aun para los propios individuos que, sin programa definido o con disciplinas rigurosas, se torturan y distancian de la norma, del posible anonimato de las multitudes... Como lo son también los cuerpos contruidos por los adictos a tatuajes y cirugías.

Al final podemos pensar el soma, como materia prima, material con cualidades físicas y químicas diversas que nada dice por sí mismo, más allá de dar cuenta de tamaños, formas, colores, texturas y otras cualidades físicas y químicas, es materia con numerosas características, unas reconocibles por singulares, otras más generalizadas y, por lo mismo, presentes en numerosos somas, aun en organismos de otras especies: boca, ojos, hígado, orejas, sistema nervioso, pelo, corazón, lengua, por ejemplo. El soma sería, si se me permite la metáfora, la página en blanco en que es posible, en el devenir de una ontogenia, escribir numerosas y distintas narraciones; la materia prima con que se construyen los textos en que los individuos sociales –cuerpos singulares, únicos– llegan a ser protagonistas o antagonistas en una multiplicidad de historias, y no pocas veces reducidos por los demás a jugar el papel de sufrientes comparsas, cuando no son simple y llanamente anulados como sujetos sociales. El soma es algo así como un lienzo en que se pinta una imagen única y cambiante durante los días y las noches de una vida, un sólido maleable, incluso frágil, en el que se esculpe un cuerpo siempre inacabado... En construcción permanente.

El cuerpo es siempre una posibilidad en movimiento, un “poder llegar a ser”, aun un vehículo no sólo para estar en el mundo, sino para transformarlo, expresarse y ser visto, para ser contado, por lo que es susceptible de ser clasificado y evaluado, que con frecuencia deviene incomprensible para otros. Se diría que es un texto que no siempre es posible leer con fluidez y precisión semántica... Los cuerpos son interpretables y cambiantes; en consecuencia, no pocas veces resultan brumosos, inaprehensibles, por más que se trate de materia concreta y mensurable. A partir de una determinada carga genética, de flujos hormonales y fisiologías varias, de supervivencia a no pocos accidentes y emergencias morbosas, es posible elaborar un casi ilimitado número de textos-cuerpos, en virtud de lo que la mente y el entorno matizan, ajustan, detallan, definen, proponen y canonizan. Y es con el cuerpo que al fin conseguimos “ser” un “yo” que “está” en el mundo. Nos expresamos porque tenemos un cuerpo, pero también porque éste cambia y modifica nuestras maneras y posibilidades de estar, de desear y expresarnos, y porque ofrece a otros ilimitadas lecturas de ése, nuestro “estar-siendo”.

Bibliografía

- Alcántara Moreno, Hugo, “Vigorexia: la cárcel en el gimnasio”, tesis de maestría, México, ENAH-INAH, 2008.
- Alonso, Martín, *Enciclopedia del idioma*, tt. I-III, México, Aguilar, 1991.
- Blanco, José Joaquín, *Función de medianoche. Ensayos de literatura cotidiana*, México, Era, 1981, pp. 71-73.
- Gayt de Pitaval, François, *Marguerite Malaure, muchacha falsamente reputada hermafrodita*, México, Verdehalago, 2010 [1734].
- Gil, Marta y Juanjo Cáceres (coords.), *Cuerpos que hablan. Géneros, identidades y representaciones sociales*, Madrid, Montesinos, 2008.
- Lizarraga, Xabier, “La identidad sexo-genérica: un continuo”, en *Estudios de Antropología Biológica*, vol. III, 1987, pp. 383-403.
- Nieto, José Antonio (comp.), *Transexualidad, transgenerismo y cultura. Antropología, identidad y género*, Madrid, Talasa, 1998.
- Transexualidad, intersexualidad y dualidad de género*, Barcelona, Bellaterra, 2008.
- Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Cátedra, 2005.
- Suárez, Juan Antonio, “Corpo/realidad, pornografía y vanguardia”, en Óscar Guasch y Olga Viñuales (eds.), *Sexualidades. Diversidad y control social*, Barcelona, Bellaterra, 2003, pp. 125-146.
- Vera, José Luis, *Las andanzas del caballero inexistente. Reflexiones en torno al cuerpo y la antropología física*, México, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano, 2002.
- Vidarte, Paco, *Ética marica. Proclamas libertarias para una militancia LGTBQ*, Madrid, Egales, 2007.